

## MALITOS

El otro día vi un cartelón publicitario de un gabinete psicológico. Estrés, *mobbing*, insomnio, adicciones, depresión y obesidad, ponía en grandes letras. Cáspita, me dije, pero qué modernos son estos psicólogos, y qué atentos están a los vaivenes del malestar social. Nada de hablar de neurosis, por ejemplo, o de crisis de angustia, que son sufrimientos psíquicos tradicionales. No, señor: ellos se centran en el último grito de los desastres anímicos.

De hecho, esta lista de problemas es una especie de retrato patológico de nuestra realidad. Porque las sociedades también pueden ser explicadas a través del examen de sus enfermedades. Por ejemplo, la obesidad; en el mundo hay más de mil millones de personas con sobrepeso, y 300 millones son obesas; ni que decir tiene, en fin, que una vasta mayoría de este gentío rollizo se acumula en los países ricos. Pero en el planeta también hay 840 millones de personas críticamente desnutridas; y treinta millones mueren de hambre cada año. En cuanto al *mobbing*, que es el maltrato en el trabajo, lo sufre entre el 11% y el 16% de la población activa española (lo cual no me extraña: yo misma lo padecí en una ocasión y es angustioso). Pero también es verdad que, para ser víctima del *mobbing*, tienes que tener un empleo, un derecho básico del que no gozan millones de parias en la Tierra.

El 10% de los españoles padece insomnio; otra tortura, desde luego, pero también un malestar de relativo lujo; no creo que la muchacha africana que se recorre cuarenta kilómetros a pie para traer un cántaro de agua tenga problemas para dormir, pero probablemente morirá de sida, como la mitad de los jóvenes de quince años de Zimbabwe (ya digo que cada país tiene sus enfermedades). En cuanto al estrés, en realidad es un eufemismo con el que se enmascara la vieja angustia de siempre, adornándola con un barniz ejecutivo. Como si uno sólo se angustiara por lo muy atareado que está, y no por la ansiedad misma de vivir, por la muerte negra que nos espera, por todo lo oscuro y lo desesperado que alberga la existencia. Aquí estamos, en fin, comiendo hasta enfermarnos, atormentándonos en los insomnios y hablando del estrés para no hablar del miedo. Estamos sin duda muy malitos.

**ROSA MONTERO**

## LA DAMA

La Dama de Elche dejará de ser una dama. Con una tecnología punta consistente en un escaneado tridimensional con más de mil tomas, una empresa llamada Factum Arte se propone, con encargo del Museo Arqueológico Nacional, crear una nueva Dama indistinta del original. Tan iguales entre sí que el mismo director del Museo, Miguel Ángel Elvira, ha declarado que “será imposible reconocerlas”. Tan imposible que la autoridad ha decidido que la “nueva Dama” (obsérvese que no dice “la Dama falsa”) lleve un sello “que diga que es la réplica”. Ni siquiera los expertos son capaces de garantizarlo. El único que puede asegurarlo es el sello. Es decir: la única referencia de falsedad se encuentra en quien posea el sello.

Pero ¿será el sello a su vez falsificable? Mucho más que una Dama, naturalmente. Y siendo así, ¿en qué se apoyará la autenticidad de la Dama? ¿Sólo en la autenticidad de un chisme elaborado anteayer? Podría haberse escogido, como es tradición, la identificación de la Dama número uno mediante un cuño acreditativo, pero siendo las dos piezas idénticas, ¿qué importa hacerlo al revés? En realidad, el valor se esfuma en medio de la duplicación porque, ostentando el sello, ¿qué impide sellar esta o aquella? La intecambiabilidad perfecta legitima aquí la arbitrariedad. Tanto que ¿por qué en vez de una Dama adicional no media docena o un millar más?

De esta forma el señor Miguel Ángel Elvira no sólo silenciaría la queja de los ilicitanos por no tener la Dama en su casa, sino que contentaría a todos los posibles peticionarios y así su Museo podría vivir en paz. Porque el señor Elvira, hastiado de protestas pueblerinas, ha declarado que los ilicitanos ya tuvieron en su poder a la Dama en 1897 durante 15 días y la vendieron por 4.000 francos al Louvre. Ahora, si la quieren, van listos con una copia. Pero ¿una copia? Lo crucial hoy es que la copia, sin mediar el dichoso sello, nadie sabe cuál es. Y borrando el sello, no plasmándolo, tapándolo, cualquiera poseerá la Dama de verdad, siendo, en verdad, la falsa. En definitiva, puede ser que los ilicitanos malvendieran el busto a los franceses, pero, tras el encargo de Factum Arte, ¿cómo no ver que el señor Elvira ha reducido a cero su valor, su símbolo, su realidad?

**VICENTE VERDÚ**

Nosotras somos lo que soñaron nuestras madres. Hemos estudiado como ellas no pudieron, nos hemos casado pero no por ello renunciado a nuestra profesión, hemos tenido nuestra vocación pero no por ello renunciado a tener hijos. Ellas soñaron con cosas poco románticas para quien las da por supuestas, soñaron contener una cuenta propia en el banco (la habitación propia de Virginia Wolf), con tener dinero sin necesidad de sisar al marido, con decidir su destino, ser tomadas como adultas.

De pronto, en la vejez han descubierto una libertad tardía. Las puede uno ver en la calle, andando a paso ligero, en una lucha feroz contra el envejecimiento de esos huesos que aguantaron trabajos ingratos, repetitivos y no remunerados; las puede uno ver en los centros culturales, apuntándose a clases de arte, de historia, asistiendo a actos literarios, y en gimnasios, en las colas de los cines, del teatro. Han decidido no perderse una, ya que perdieron tanto. Las puede uno escuchar quejarse del marido jubilado (esa rémora), que se deprime, que no quiere viajar, que no tiene marcha. Qué hubiera sido de este país si esas mujeres bravas que tienen tanta voluntad de aprender hubieran desarrollado su vida plenamente.

Es en ellas en quien pensé el día de la mujer trabajadora. Me irrita un poco ese consabido “compañeros y compañeras” que no se les cae de la boca a los políticos y que suena a falso halago. Ese tonito a veces paternalista y cachondón que adoptan en el mitin del día 8. Yo pensé en ellas. Lo esencial es entender que una mujer mayor que se dejó la vida trabajando, aunque fuera en la “retaguardia”, se merece gratitud y respeto.

Respeto y admiración me merece esa mujer de aspecto frágil y dignidad de acero que sobreponiéndose al dolor dijo: “No ha nacido todavía quien me escriba a mí lo que tengo que decir”. Hay que ser muy perverso ¡y terriblemente machista! para no valorar el coraje del que es capaz una madre que defiende a su hijo asesinado. Este 8 de Marzo fue el día de Pilar Ruiz, madre de Pagazaortundua. Ésa sí que es una frase para llevar en pancarta el día de la mujer. La quiero tener presente, como ejemplo a seguir, cada vez que empiece a escribir un artículo.

**ELVIRA LINDO**

### “ Parking “

A diferencia de lo que contaba hasta hacer poco, la calidad de una ciudad no se juzga por lo que a primera vista se observa, sino, ante todo, por el subsuelo. Para los alcaldes ha sido muy fácil mandar plantar árboles, peatonalizar centros históricos, poner estatuas y bancos, crear museos. Pero, ¿qué decir de los *parkings*? La prueba más profunda del valor de una ciudad coincide con el subterráneo. En las avenidas se alzan edificios firmados por célebres arquitectos, pero la construcción más burda y brutalista, el abandono miserable, la desidia, el deterioro y la inmundicia, se amontonan en el aparcamiento. El alcalde olvida ese territorio oculto, pero, a menudo, de su aspecto se induce infaliblemente la conciencia moral de los gestores. En París, hace unos años, el resultado de una encuesta colocó en el último lugar de la estimación ciudadana a estos lugares inhóspitos y la respuesta de la principal empresa propietaria, el grupo Vinci, fue perfumar urgentemente las plantas, musicalizar una y otra zona, proveerlas de colores vistosos y hasta gorgoros de pájaros en la primavera. En Estados Unidos se ha hecho otro tanto animando los muros con motivos deportivos de y de rockeros, difundiendo información y discos de última moda. Hacer amables los pesados minutos que requiere aparcar en las plazas angostas, con muros foscos, desconchados y untados de humedad, no ha sido tarea al alcance de la sensibilidad municipal, pero la primera sensación que se recibe del viaje a un municipio llega, a menudo, de la parada en un estacionamiento subterráneo. Desde ese pozo se sospecha que otros fondos estarán gestionándose mal y se cavila sobre qué clase de políticos serán esos que basan su elección en cuidar lo que se ve mientras mantienen nauseabundos los bajos. Un detalle que clasificó las ciudades en finas o cutres fue la altura y anchura de sus bordillos. A bordillo alto y estrecho corresponde una gobernación inculta mientras el bordillo arrellanado y amplio se acompaña de una elegancia edilicia. Finalmente hoy no habrá alcaldía que se libre de ser votada negativa o positivamente sin contar con el olor y la luz del *parking*. Sin duda hay cuestiones mucho más importantes, pero pocas tan simbólicas y tautológicamente hondas.

**VICENTE VERDÚ**

1. *Edilicia: relativa al edil, municipal.*
  2. *Tautológico: repetido, que dice lo mismo.*
-

## PERFILES

Vivo aterrado desde la aparición de esa nueva figura penal denominada “perfil delincencial verosímil”. Lo primero que hago al abrir el periódico cada mañana es ver los crímenes que se han cometido y no respiro hasta comprobar que tengo coartada para todos y cada uno de ellos. En la calle, voy siempre con el carnet de identidad en la boca para no dar imagen alguna de resistencia a la autoridad y, cuando entro en un establecimiento público, procuro llamar la atención de la gente dejando caer al suelo un vaso con la idea de que se queden con mi rostro y den fe, llegado el caso, de que a la hora del crimen me encontraba allí. Me he arrancado con un pegamento especial las huellas dactilares para no dejarlas donde no debo y estornudo sobre un pañuelo de tejido no transpirable que impide la diseminación incontrolada de mi ADN.

Viajo con frecuencia de Madrid a Barcelona, pero en vez de hacerlo en avión, que vas y vienes en el día, con lo que te pueden imputar los crímenes cometidos en las dos ciudades, voy en el AVE de Cascos, en el que las posibilidades de llegar son muy escasas. Es evidente que no se puede haber asesinado a nadie en un sitio en el que no has estado. El billete del AVE es hoy por hoy la mejor prueba para demostrar que uno no estuvo en Barcelona el día de autos, por lo que recomendamos a las personas con perfil delincencial verosímil que no se desprendan de él hasta que hayan prescrito los crímenes cometidos en la fecha del viaje. Se preguntarán ustedes, por cierto, qué tiene el perfil de Cascos para haberse librado de la cárcel pese a ser el responsable de un tren que ha salido con nueve meses de retraso, a 150 kilómetros por hora menos de los prometidos, y con 157 millones más de los presupuestados.

Pues tiene que para trabajar de ministro no te miran el perfil, sino la cara, y a Cascos le sobra cara para eso y para más. Repasen sus declaraciones históricas sobre el fútbol, los descodificadores, la vivienda, el *campanu* o los malos tratos y comprenderán lo que les digo.

En cuanto a Acebes, permitirán que no les diga nada de él, pues lo que se nos ocurre sobre su perfil no haría sino confirmar el nuestro, por lo que nos podrían caer 15 años o más.

JUAN JOSÉ MILLÁS

## Justicia

EDUARDO MENDOZA

EL PAÍS - Última - 08-11-2004

Finalmente, la polémica aplicación de la llamada *ley del velo* en Francia deja a unas cuantas adolescentes fuera de las aulas. Cubiertas por las toquillas, sus lamentos llegan a la prensa: ¿por qué una práctica religiosa que no hace mal a nadie ha de ser un obstáculo a su educación? Dan penita, porque se las ve jóvenes, inofensivas y con ganas de ir a clase y porque un punto de razón ya tienen: los franceses en el extranjero llevan a sus hijos al Liceo Francés, donde maestros vestidos de Albert Camus enseñan a Corneille. En cambio, ellas tienen que pasar por el aro o verse forzadas a hacer campana. Tal vez es su decisión, pero sin duda no han elegido estar en el centro de un torbellino cuya dimensión jurídica y política las desborda.

Cerca de Francia sonaban hace pocos días unas quejas similares de los cocineros vascos citados a declarar sobre si habían pagado o no el llamado *impuesto revolucionario* que les exigía ETA. Si efectivamente cedieron a la extorsión, su debilidad es comprensible. Son gente de paz que sólo quiere cocinar bien y mantener la clientela. Se les puede pedir, pero no exigir que su actitud esté a la altura de un momento histórico para enfrentarse al cual no valen las recetas.

Puestos ante un dilema, los dos grupúsculos apelan a principios contrarios: las chicas, a sus convicciones religiosas; los cocineros, al sentido práctico. Lo eterno y lo cotidiano. La verdad revelada y el precio de la merluza. Sin embargo, los dos reclaman lo mismo: la conciliación de su lógica particular con la justicia general.

Sus quejas son como las del enfermo que gime a sabiendas de que eso no aliviará sus dolores ni contribuirá en nada a su curación. Al que le toca la china sólo le cabe resignarse, seguir las prescripciones del médico y esperar que todo vaya bien.

Pero el hombre es capaz de imaginar cosas magníficas que poseen todas las virtudes y un solo defecto: el de no existir. Los que quedan atrapados en la tenaza de sus circunstancias se expresan en un lenguaje doloroso que todos entendemos, pero que no se corresponde con una realidad hecha de pactos precarios entre el deseo y el miedo, el riesgo y la necesidad. Su protesta nos conmueve, pero con ella no están haciendo un llamamiento a la justicia, sino a la compasión

## **Palaciego**

ROSA MONTERO

EL PAÍS - Última - 16-11-2004

En las afueras de Madrid, en la carretera de Burgos, acaban de abrir un megacentro comercial, Plaza Norte 2, que es, según dicen, el más grande de España. El fin de semana que se inauguró (yo vivo en esa zona), toda la salida norte de Madrid quedó colapsada, y el tráfico no se ha repuesto del todo desde entonces. El centro, con cúpulas acristaladas, arañas de luz descomunales, mármoles a tutiplén y cegadora profusión de latones dorados, es lo más delirante que jamás he visto, una sobrecargada fantasía a medio camino entre Versalles y la tumba de Napoleón. Aunque no: a lo que más se parece, sólo que en feo, es al famoso *metro* de Moscú. En realidad, el concepto es el mismo: si con el *metro* los soviéticos quisieron recrear los fastos aristocráticos para el uso y disfrute de la plebe, con este centro se ha intentado simular una fantasía social semejante: es el palacio de los consumidores, una *disneylandia* de lujo vetusto para que los compradores se sientan como príncipes.

Este embeleco de suntuosidad se completa, muy adecuadamente, con una selección de tiendas que, en general, son del montón, comercios más bien económicos en donde todo el mundo puede encontrar algo barato que comprar para así poder olvidar sus problemas y creerse reyes por un día mientras se pasean por el pseudo-palacio. Nunca he visto tan claro como en este centro el mensaje mítico y engañoso de la sociedad de consumo: aquí todo te dice que eres alguien no por quien eres, por cómo eres, por lo que sabes o haces y ni siquiera por lo que tienes, sino que eres alguien *porque compras*. El hecho de comprar te da la vida, un fingido estatus social, una identidad: no somos ciudadanos, sino compradores. El consumo es la nueva religión. Basta con ver a los miles de madrileños que peregrinan cada fin de semana a Plaza Norte 2, hipnotizados por su fe adquisitiva, arrojando estoicamente los atascos con tal de alcanzar el opulento paraíso del buen consumidor. Por cierto, cada vez que se abre uno de estos megacentros comerciales en las afueras, desde que inauguran, y en la misma puerta, siempre hay una parada de autobús, mientras que hay barrios que llevan años pidiendo autobuses infructuosamente. Pero ésa es otra historia. ¿O quizá es la misma?

---

## **Constitución**

EDUARDO MENDOZA

EL PAÍS - Última - 24-01-2005

Por una mezcla de rigor intelectual, curiosidad y masoquismo, he leído el proyecto de Constitución europea sobre el que estamos llamados a pronunciarnos en breve. Nunca he visto una cosa más árida y aburrida.

Su contenido: unas declaraciones de buena voluntad, piadosos deseos e invocaciones a la paz, a la libertad, a la justicia, al bienestar y a Beethoven. Luego, descripción de la situación actual, las instituciones y su funcionamiento. Para quien conoce el tema, esta parte es plúmbea; para quien no, es un galimatías. Sigue una lista de libertades individuales y de derechos fundamentales. Dios los bendiga, pero por fortuna, todo esto forma parte de nuestra realidad cotidiana. Las libertades son frágiles y no está de más especificarlas, pero la mera enumeración no garantiza su permanencia.

En resumidas cuentas, la Constitución solidifica el sistema político en que vivimos, con lo bueno y con lo malo. Por este motivo, los políticos, aunque se pronuncien en un sentido u otro, acabarán unificando posiciones a medida que se acerque la fecha decisiva, porque en la ratificación del *statu quo* estriba su razón de ser. Para el resto de la ciudadanía, lo que ya hay. No digo que no esté bien, ni que haya que hacerle un feo. A la vista de cómo va el mundo, nuestro barrio es lo más parecido al paraíso terrenal y el proyecto europeo merece apoyo. Pero en el supuesto inimaginable de que el texto fuera rechazado por los votantes, no creo que pasara nada.

No podía ser de otra manera. La Constitución sólo es una ley y las leyes nunca son gran cosa desde el punto de vista literario. La ley no habla de asuntos ni de conceptos, no cuenta ni reflexiona. Sólo formaliza y consagra el consenso. Da por hecho el estado de la cuestión, fija mecanismos de gestión y da instrucciones en caso de avería. La ley divide la realidad en piezas de mecano, abunda en detalles prolijos que distraen del hilo argumental, no dosifica la tensión dramática y carece de ritmo narrativo. Qué le vamos a hacer.

Ahora se nos llama a refrendar con nuestro voto una Constitución que destila lo más prosaico del orden existente. Así se hará, pero que no pidan ilusión. Y que no presenten como un cuento de hadas lo que sólo es un manual de gramática parda.

## ***Doble llave***

MANUEL VICENT

EL PAÍS - Última - 30-01-2005

En todas las grandes ceremonias del Vaticano se repite la misma estampa: bajo unas vestiduras bordadas en oro, rodeado por un cúmulo de obispos y cardenales cargados igualmente con terciopelos y brocados, el Papa se exhibe ante los fieles de todo el mundo al pie de una cruz donde cuelga su Dios desnudo. Coronado con una mitra que no se ha movido desde el tiempo de los faraones y amparado por el esplendor de unos mármoles que labraron Miguel Ángel y Bernini, el Papa encima aún se queja. Desde su alta poltrona se lamenta del ateísmo, del laicismo, de la persecución religiosa y del rumbo pecaminoso que ha tomado la humanidad. Si a lo largo de la historia la Iglesia no ha hecho más que equivocarse en todo, salvo en que la vida es una herida mortal de necesidad, ignoro por qué el Papa se permite el lujo de instalar la culpa en nuestra nuca y no en la suya. Si hasta hace poco, contra toda demostración, aun sostenía que el sol giraba alrededor de la tierra, si se negaba a admitir la evolución de las especies, si mandaba a la hoguera a quien osara pensar libremente, si se enfrentaba a cualquier avance de la ciencia y aun hoy se resiste a entrar en el espacio de la razón, no sé en que funda la Iglesia su derecho a enseñar nada a nadie. Sólo el vacío metafísico se oculta bajo su pesada guardarrope. Franklin inventó la mecedora, que sirvió para que obispos e inquisidores se balancearan plácidamente, pero no evitó que fuera execrado y maldecido por ellos porque también inventó el pararrayos, con el cual creían que desafiaba la ira de Dios. No obstante, ese artilugio impío ahora está instalado, por si acaso, en la cúpula de San Pedro de Roma y también en todos los campanarios. La ciencia ha reducido el Génesis a un cuento oriental. En plena retirada frente al racionalismo la Iglesia se ha quedado con dos llaves cuya propiedad considera no negociable en absoluto: con una abre la puerta de la vida, con otra la cierra dando paso a la muerte, un doble peaje bajo su estricto control. Hoy los laboratorios de genética le disputan con ventaja la entrada en este mundo y mientras allí los embriones realizan el asalto definitivo al viejo castillo de la teología, el Papa arremete obsesivamente contra el preservativo, una simple goma que parece toparle todo el horizonte. Esta Iglesia que condenó la anestesia y el parto sin dolor, conserva todavía la llave del más allá y manejando ese terror se siente fuerte, pero llegará el día en que devuelva también esa llave al Dios desnudo y nos deje morir en paz con la máxima elegancia posible.

---

## ***Carbono***

MANUEL VICENT EL PAÍS - Última - 03-04-2005

Somos los humanos todavía unos seres carbónicos, pero falta ya poco para que seamos unos entes sólo metálicos bajo el reino del silicio, un elemento químico muy abundante en la corteza terrestre. La electrónica es una extensión de nuestro sistema nervioso, la informática se ha incorporado de forma sustancial a nuestro cerebro, la reparación de nuestro organismo está unida al bisturí de láser y la muerte de las personas, no así la de los animales, se produce cada día más contra una máquina, que puede alargar indefinidamente nuestra existencia convertida en un vegetal. Muere el Papa. En su habitación forrada de damasco habrá un Crucifijo de marfil, la imagen de una Virgen, algunos exvotos sagrados presidiendo su agonía. La partida hacia el otro mundo se la habrán disputado a medias las plegarias y las medicinas, las sondas, la resignación y la morfina. Cuando el Papa visiblemente haya expirado el Camarlengo le golpeará la frente tres veces con un martillo de plata llamándole por su nombre de bautismo. Si no responde, este silencio engendrará automáticamente el Réquiem de Mozart. Esta vieja usanza ya no tiene sentido, porque en ese momento en una pantalla del monitor habrá aparecido el encefalograma plano y el pitido del pulso unido a un cable habrá cesado de sonar. No creo que ningún cristiano haya deseado para el Papa una larga vida entubada, pero cada día las máquinas que nos impiden morir con dignidad son más perfectas y en ellas está la historia de terror que se avecina. Son aparatos blancos, asépticos, inteligentes e insensibles; se alimentan del cuerpo humano que tienen poseído con sus garras metálicas y de él van succionando lo que

le queda de potasio, de magnesio e hidratos hasta dejarles el alma despojada y la carne convertida en la parte menos interesante del circuito. En ese momento se produce una macumba: el espíritu humano se transfiere a la máquina y el agonizante se convierte en un ente metálico, incurable y eterno. El Papa ha intentado varias veces expirar asomado a la ventana del Vaticano bajo la aclamación planetaria. Como representación de una agonía litúrgica hubiera sido la escena real más fascinante de la historia universal del teatro. No le concedió el Señor esa merced; en cambio ha logrado morir en paz y libre de máquinas. Por mi parte admiro la humildad con que se van de este mundo los animales y daría lo que fuera por hacerlo con la elegancia de mi perro Toby, en un rincón, con dignidad, carbónicamente, sin molestar a nadie.

### ***El niño descodificado***

Juan José Millás EL PAÍS - 29-08-2005



**Cuando un niño europeo** sale fotografiado en el periódico, le codificamos el rostro, para salvaguardar su derecho a la intimidad. Tenemos un Defensor del Menor que, en caso contrario, nos llamaría la atención. Los padres, por su parte, podrían llevarnos ante la justicia y obtener una indemnización que compensara al crío de la exposición mediática. La foto que ven apareció el 27 de julio. El rostro del crío estaba descodificado porque se trataba de un niño africano, de Níger, creo, qué más da. Para atender contra un derecho individual, lo primero que necesitamos es tener un individuo, un sujeto con identidad, un ser humano con nombre y apellidos. Este pequeño no los tenía. Era uno de los cinco millones de personas afectadas por la hambruna. Una hormiguita, vaya. Quizá cuando aparezca este artículo haya muerto. Le importará a él que lo codifiquemos o que lo dejemos de codificar...

Observen bien la foto. El crío apoya la mano derecha sobre una regla en la que acaban de medir sus centímetros porque todo, en su mundo, se mide en centímetros. La línea que separa la vida de la muerte, en la mayor parte de África, es centesimal. Sobreviven con tres o cuatro centímetros de semillas diarias y con cinco centilitros de agua. Cuando mueren, más que fallecer Fulano o Mengano, han muerto unos centímetros de varón, o de hembra, o de anciano, o de persona madura. Hay en el mundo excedentes agrícolas para dar y tomar, pero no hemos encontrado el modo de distribuirlos, vaya por Dios.

Habrán observado que el niño descodificado tiene la cabeza deformada y muy grande en relación con el cuerpo. Es uno de los síntomas del raquitismo, junto a las piernas arqueadas, y el llamado "pecho de paloma", y las protuberancias de la caja torácica, también llamadas "rosario raquíptico" por razones evidentes. Si no se ataja a tiempo, el raquitismo produce en la columna vertebral deformaciones que incluyen la escoliosis o cifosis. Otros síntomas son calambres musculares, crecimiento deficiente y baja estatura. Dado que se trata de una enfermedad de los huesos ocasionada por la falta de vitamina D, del calcio y del fosfato, se puede combatir a base de la ingesta de pescado, hígado y leche, además de la exposición moderada al sol. Sabemos prácticamente todo lo que hay que saber sobre el raquitismo, incluido el modo de prevenirlo y curarlo, pero la lucha contra el terrorismo, contra el eje del mal, apenas nos deja fuerzas para estas menudencias.

Otra cosa que nos quita muchas energías es el combate contra la obesidad, a la que podríamos calificar de raquitismo inverso. Afortunadamente, el mismo día en el que apareció el negrito descodificado, vimos en el periódico una noticia según la cual unos científicos catalanes habían logrado obtener un 20% de pérdida de peso en ratas gracias a un compuesto inicialmente pensado para combatir la diabetes. Si la fórmula produjera los mismos efectos en los seres humanos que en las ratas (lo que es muy probable dadas las semejanzas entre ambas especies), pronto dispondríamos de un fármaco que nos dejaría apolíneos. Cuando resolvamos el problema de la obesidad en el primer mundo, quizá afrontemos el de la delgadez en el tercero. Cada cosa a su tiempo.

JUAN JOSÉ MILLÁS

EL PAÍS - Última - 16-09-2005

Cuando enciendo mi ordenador portátil, lo primero que hace es buscar una red inalámbrica. Si no da con ella, te lo dice con cierto desánimo: "No se encontró una red inalámbrica a la que conectarse". Vaya por Dios, exclamo yo sintiéndolo más por él que por mí, pues aunque trato de que se sienta útil encomendándole diversos menesteres, también sé que su vida no alcanza un sentido pleno hasta que se conecta a Internet, que es su país, su patria, quizá su corazón o su hígado. Sin Internet, se contagia de la opacidad propia del universo analógico y deviene en un trasto, un cachivache, un chisme. Su necesidad de conectarse es tal que ha desarrollado unos órganos internos capaces de detectar cualquier red, por sutil que sea. En situaciones desesperadas, me propone que nos enganchemos a la del vecino, que lógicamente paga él.

Le entiendo porque lo primero que hago yo cuando me despierto es asomarme a la ventana para conectarme a la realidad exterior. Todavía en pijama, veo si está nublado, si hace viento, si la chica que toma el autobús en la parada de enfrente se encuentra ahí, como todos los días a esta hora, o ha cogido la primera gripe del otoño. No puedo ni imaginar que una mañana, al levantarme, no fuera capaz de encontrar la ventana. Me asfixiaría o me daría un ataque de angustia. Algo así le ocurre a mi portátil cuando no logra dar con una ranura desde la que asomarse al universo digital. Se niega a trabajar, se cuelga, se ralentiza, se le viene abajo la tensión.

Por fortuna, algunos hoteles que ya ofrecían ventanas para los seres humanos, han creado redes inalámbricas para los portátiles. Si hay gente que no está dispuesta a viajar sin su perro, muchos nos negamos a salir de casa sin nuestro ordenador. El problema es que el ejemplo no cunde. La mayoría de los aeropuertos aún no dispone de este servicio, lo que es como si hubiéramos inventado los pulmones antes que el aire o el sacacorchos antes que el corcho. Escribo estas líneas desde Barajas, pero quizá no pueda enviarlas al periódico porque el ordenador no ha detectado ninguna red inalámbrica. Estamos encerrados él y yo en nosotros mismos. En estos instantes, somos completamente intransitivos. ¿Hay alguien ahí fuera?

---

### **Cachete**

EDUARDO MENDOZA

EL PAÍS 19-09-2005

Respetables instituciones solicitan que se prohíba por ley el castigo físico de los niños en el hogar. Las reseñas son escuetas y, en algunos casos, contradictorias: unas hablan de castigos físicos y otras agregan a éstos los castigos de carácter psicológico, más difíciles de encuadrar en la práctica legislativa: humillaciones, insultos e intimidaciones, incluido el temible y legendario encierro en el cuarto oscuro, a veces por mal nombre el cuarto de las ratas. Doy por sentado que la propuesta no contempla las agresiones graves y perversas, ya previstas en el Código Penal, sino los clásicos castigos leves, impuestos con fines didácticos o de escarmiento por una mala acción, una desobediencia o un mal hábito, en suma, el ancestral cachete y su hermana mayor, la azotaina, dos medidas cuya eficacia niegan los que postulan su ilegalización.

Confieso que a mí, personalmente, la cosa no me parece tan reprochable. Por supuesto, sería mejor reemplazar el guantazo por una razonada persuasión, pero los niños no son, en general, muy reflexivos, y no todos los padres están dotados de la necesaria capacidad dialéctica. En cambio, los niños, en especial los más pequeños, viven en un estado de constante violencia física. Cada dos por tres se van de morros por el suelo, se hacen chichones con los cantos de las mesas y, si son activos y curiosos, se caen al agua y se electrocutan metiendo el dedo en el enchufe. Los parvularios son verdaderos campos de Agramante. También las muestras de afecto que dan y, sobre todo, que reciben son de este tipo: besuqueos,

morisquetas, achuchones y mordiscos. Los bebés son lanzados repetidamente al aire y vueltos a recoger con gran contentamiento; pocos adultos se ven sometidos a esta experiencia. Creo que el bofetón casero debe ser examinado en este contexto.

No niego que el castigo físico al niño díscolo lleva aparejada una buena dosis de desahogo personal: una criatura en plena forma puede ser muy exasperante. Pero el elemento didáctico que esto lleva implícito no se le escapa a nadie: puedes hacer lo que te dé la gana, pero si le tocas las narices al prójimo acabarás recibiendo; ahora, un bofetón; el día de mañana, sabe Dios. Coacción, sin duda, pero eso es la educación y no otra cosa.

### ***Un cuerpo con 22 almas***

JUAN JOSÉ MILLÁS (EL PAÍS - Cultura - 13-11-2005)

La historia de la humanidad es la historia del cuerpo. El cuerpo viene produciéndonos desde su aparición una extrañeza tal que no nos cansamos de representarlo, de reproducirlo, de reinventarlo para desgastar la emoción que nos provoca. La arquitectura, el arte, la mecánica no han hecho otra cosa que copiar el cuerpo o sus partes (¿qué es, si no, una casa, una grúa, una estatua?). La clonación es el conmovedor empeño de reescribirlo de arriba abajo, de forma literal, a la manera en la que Pierre Menard, el personaje de Borges, pretendía reescribir el *Quijote*.

La lengua es un intento más de comprender el cuerpo por la vía de calcarlo. Una oración gramatical contiene las mismas dosis de morfología, de sintaxis o de semántica que el organismo de un mamífero. Dios no inventó el bazo ni el páncreas ni el intestino grueso, pero creó la lógica que hizo posible la aparición de las vísceras. Si usted le implanta un trozo de su hígado a un familiar, usted no tiene que darle ninguna instrucción a ese fragmento hepático porque él sabe hasta dónde crecer, y en qué dirección. Si usted pronuncia las tres primeras palabras de una oración condicional, la oración sabe perfectamente en qué tiempo debe ir el verbo. Representamos el genoma con las letras del alfabeto porque no hay reflejo más fiel del cuerpo que la lengua, especialmente la escrita. Sorprende la cantidad de información que cabe en una célula, pero no es menos admirable la que cabe en una conjunción.

Álex Grijelmo, en *El genio del idioma*, demuestra que ningún hablante al que se le propusiera crear un verbo nuevo a partir de un sustantivo preexistente, se le ocurriría terminarlo en er o ir (como temer o partir), sino en ar (como amar). ¿Por qué? Porque hay en el idioma una información genética, un impulso lógico, una poética, que nos obliga, lo pretendamos o no, a terminarlo en ar (nadie deduciría, de *chat*, *chateer* o *chateir*, sino chatear). Cuando movemos los labios, en fin, no decimos lo que queremos nosotros, sino lo que quiere la gramática, del mismo modo que cuando abrimos la mano aparece el número de dedos que quiere la biología.

El español es un cuerpo con 22 almas. Compartimos lo esencial (el sistema endocrino, la circulación sanguínea, el aparato digestivo...), pero nos asaltan dudas puntales en el uso, la pronunciación, la ortografía o el significado de determinadas palabras o locuciones. Un conjunto de sabios de las 22 academias de la lengua española ha superpuesto todas esas almas, como el que superpone un conjunto de esqueletos dibujados sobre papel cebolla, para analizar las diferencias y las semejanzas que hay entre ellas. Tras un trabajo de cinco años, han dado a luz un diccionario normativo que sirve lo mismo para un español que para un ecuatoriano; para un mexicano (¿se debe escribir, por cierto, mexicano o mejicano?) que para un salvadoreño; para un chileno que para un costarricense... Si usted busca el término *overbooking*, utilizado para expresar que una compañía aérea o un hotel han vendido más plazas de las que disponían, el *Diccionario panhispánico de dudas* le aconsejará utilizar sobreventa o sobrecontratación, que dicen lo mismo, pero con nuestro hálito. Si usted busca Méjico, le remitirán a México, donde le explicarán el porqué



de la equis frente a la jota. Si usted no sabe si escribir pábilo o pabilo, cuba-libre o cubalibre, hondear u ondear, píxel o pixel, máster o master, reúma o reuma, no tiene más que abrir el diccionario y dejarse llevar. Los diccionarios de dudas gozan de una tradición importante entre nosotros. Son útiles y divertidos a la vez. Personalmente, los consulto con frecuencia, unas veces por necesidad y otras por vicio. El *Panhispanico* se dirige por igual a los necesitados y a los viciosos. Es claro, sencillo e implacable, pero impone la norma por vía de la argumentación y del ejemplo. Posee además una unidad de estilo que no es común en las obras colectivas. Y hasta aquí hemos llegado, así que punto final (estuve a punto de escribir punto y final, pero consulté el *Panhispanico* y me disuadió. La denominación punto y final, creada por analogía de las correctas punto y seguido y punto y aparte, es incorrecta).

---

## Definiciones

JUAN JOSÉ MILLÁSEL PAÍS - Última - 02-12-2005

La Cumbre Euromediterránea de Barcelona concluyó con una condena sin paliativos al terrorismo. El problema es que sus participantes no se pusieron de acuerdo sobre el significado del término. Tampoco es que se movieran en una ignorancia absoluta. Todo el mundo sabe, por ejemplo, que secuestrar un avión y lanzarlo contra un edificio habitado es un ejercicio de terrorismo (y de los más salvajes, para decirlo todo). Hay cosas, en fin, que saltan a la vista. El problema es cuando descienes a los matices. ¿Es terrorismo, por ejemplo, invadir un país bajo la coartada de que representa una amenaza que luego se demuestra falsa? ¿Es terrorismo emplear armas de destrucción masiva, como el *napalm* o alguna o sus numerosas variantes, contra la población civil de una localidad del país indebidamente atacado? ¿Se podría calificar de terrorista, pongamos por caso, la entrada en Faluya? ¿Es terrorismo secuestrar a personas y recluirlas en limbos legales como Guantánamo? ¿Es terrorismo la tortura? ¿Son terroristas las cárceles secretas denunciadas por la prensa norteamericana? ¿Es terrorismo resistirse a la invasión de una potencia extranjera? ¿De qué hablamos cuando hablamos de terrorismo?

A la Cumbre Euromediterránea de Barcelona no fueron invitados (al menos que uno sepa) académicos, ni lingüistas ni filósofos. Estos profesionales habrían ofrecido con mucho gusto a los políticos una buena definición de terrorismo. "Pero es que nosotros necesitamos una definición a la carta, es decir, una definición que no nos incluya". Si a Al Capone le hubieran pedido una definición de gánster, habría solicitado lo mismo. Es muy humano.

Y ahí está el problema. La definición de gallina incluye a todas las gallinas, y la de mesa, a todas las mesas, y la de hombre, a todos los hombres. La de terrorismo, inevitablemente, incluiría todos los terrorismos. La definición es un invento diabólico, porque explica el significado de las palabras con la exactitud con la que un cronómetro divide en 60 partes un segundo. La definición es un arma de destrucción masiva de la mentira, del engaño. Hay una solución, y es calificar de terrorista la definición de terrorista. Todo se andará.

---

## Palabras

ROSA MONTERO EL PAÍS - Última - 13-12-2005

Ya saben que los discapacitados quieren llamarse discapacitados en vez de disminuidos. Me parece muy bien, aunque no sé si me gusta más el nuevo término. Para mí un disminuido es una persona que tiene disminuida alguna capacidad física o mental en mayor o menor grado. Mientras que la palabra discapacitado me lleva a pensar en alguien que carece por completo de esa capacidad. La verdad, casi me suena peor. Pero si ellos se sienten más cómodos, perfecto. En cualquier caso, la nueva denominación es directa, sencilla y razonable. Cosa que, por desgracia, no suele suceder en el ámbito de lo políticamente correcto.

El lenguaje está tan pegado a la sociedad como la piel al cuerpo y, por consiguiente, refleja todos los tópicos y los prejuicios. A medida que la sociedad va cambiando también va mutando nuestra forma de hablar, y sin duda hay correcciones de antiguos barbarismos que son absolutamente lógicas y necesarias. Por ejemplo, hoy resulta vergonzoso y estúpido decir cosas como "pareces un gitano", para indicar desaliño, o "eres un judío", como sinónimo de avaricia. Desterrar este tipo de muletillas supone tener una mayor conciencia de lo que uno dice, cosa muy deseable.

Lo malo es que sobre esta revisión natural y sensata del lenguaje se ha terminado por construir un disparate. Los extremistas de lo políticamente correcto han llenado el mundo de eufemismos que son como biombos con los que se intenta ocultar y desfigurar la realidad. Es una palabrería delirante e impúdica, porque impide, precisamente, tener una verdadera conciencia de lo que se está diciendo, y eso es una obscenidad intelectual. A menudo me pregunto quiénes serán aquellas personas que se dedican a inventar las expresiones políticamente correctas más petardas, y no puedo evitar pensar que es gente que en realidad desprecia a quienes se supone que está defendiendo (incluso aunque pertenezca a ese colectivo). Esas tonterías de *la tercera edad* o de los *afroamericanos*, por ejemplo, ¿no ocultan cierto asquito a los ancianos, cierto desdén hacia las pieles oscuras? ¿Y por eso les parecen feas las exactas y hermosas palabras *viejo* y *negro*? Es la dictadura de los acomplejados y los necios.

---

## **Principios**

ELVIRA LINDO EL PAÍS - Última - 04-01-2006

Conozco a personas que lo tienen muy claro. La persona que lo tiene muy claro hace al día varias declaraciones definitivas tanto en grandes asuntos como en pequeños. A veces te las encuentras en la droguería: "Yo nunca limpio mi casa con productos abrasivos". Como consecuencia de tan rotunda afirmación tú alcanzas la lejía del estante como con miedo. A veces te topas con una de esas personas en la pescadería: "¿Salmón? Para nada, son de piscifactoría". Y entonces te llega tu vez y le dices al pescadero, en un hilillo de voz: "Pues para mí salmón, si no le importa". Hay personas tan llenas de principios que uno se encoge, se siente un chisgarabís, un *mangarranglán*. Esas personas tan firmes a veces cambian de principios, ayer eran ateas, hoy son budistas y mañana mediopensionistas, pero lo esencial en ellas no es que cambien de opinión, sino que hacen borrón y cuenta nueva, olvidan lo que fueron, y quieren que tú y el mundo entero asuman de golpe esa nueva creencia que ellos abrazan, una creencia que parece abarcar todos los aspectos de la vida. Hay personas con el pecho hinchado de principios. Principios como catedrales. Personas que te dicen, "yo es que soy rojo", y sólo con esas dos palabras ya te están dejando en la cuneta, como si tú fueras un melifluo, un idiota moderado. Igual que hay seres que habiendo sido del partido comunista se burlan hoy de cualquier causa progresista, como si perseguir la igualdad social fuera cosa de estúpidos. De estos personajes hablaba el otro día con cierto escándalo Vidal Beneyto. Pero yo no me escandalizo, porque estoy acostumbrada a soportar durante toda mi vida a esas personas que patrimonializan la razón, que defienden ideologías tremendas que lo justifican todo con implacable impiedad. Igual de insoportables eran cuando eran tan de izquierdas como ahora que son tan de derechas o al contrario. Siempre he sentido desconfianza extrema hacia quien antepone el pensamiento abstracto a las cosas concretas y deseo íntimamente que un día la psiquiatría ofrezca una teoría sobre ese tipo de personajes que se aferran a una sola idea porque tienen una incapacidad manifiesta para empatizar con ese organismo defectuoso de fábrica que es el ser humano.